



RELATOS BREVES

EL CAFE DE QUIMBA

En un ángulo de la Plaza "24 de Mayo" de nuestra antigua y pacífica ciudad de San Luis de Otavalo, y que se le conoce con el nombre de "esquina de la señora María Vargas", a los resplandores de un foco que cuelga de un alto poste, desde las tres de la mañana el maestro Quimba y su robusta costilla de Dolores, apuran encendiendo la fogata en la cocina improvisada en un cajón con tierra y pedazos de ladrillo, sobre la cual se asientan tres calderas grandes: con café y leche la una, con chocolate otra y la última con fragante agua de canela.

Sobre una mesa de cortas dimensiones, cubierta con una "fachalina", se acomodan las tazas de barro vidriado unas, otras de porcelana bastante arruinadas por el uso.

Los gallos apuran sus cantos penetrantes que se hunden en el silencio de la mañana. Por el camino que viene de Quichinche, pueblo asiento de las agencias de transporte de antaño, se apresta una recua arreada por el "negro Perugachi" y el "cashico" en su viaje semanal a la ciudad de Quito trasmontando el páramo de Mojanda. Una mula viene liviana para llevar las canastas con ropa o alimentos de los estudiantes otavaleños que abandonaron su solar nativo para enriquecer sus espíritus en las aulas de los colegios capitalinos.

En las aceras que ribetean la plaza, en reducidos bultos para defenderse del frío, los familiares de los estudiantes esperan la llegada de los arrieros con los encargos bajo el brazo.

Un grito del "cashico" y un silbo del "negro" anunciaron su llegada a la esquina de la carnicería.

—“Ya vienen los de Quichinche, apúrate Dolores”. Habló el Quimba mientras el abanico de totora se desbarataba en la mano.

—“El carbón ha sido flojo, parece de paja, verás unos morochos para comprar”. Repuso Dolores.

—“Ssssio, ssssio, ssssio, buenos días mama Lola, buenos días maitro Quimba”. Saludaron respetuosos los chagras.

—“Vengan bonitos, ya les voy a atender, lo que estuvimos anoche de compadres, por eso no nos levantamos más madrugado, ya mismo les sirvo. Jesús, sino fuera por las amistades . . .”

Mientras tanto los familiares de los estudiantes entregan sus encargos con recomendaciones como éstas: “negrito, esta ropita para mi guagua”, “vea don cashico, dirá que me escriba”, “por Dios traerá la ropita sucia”.

Hasta tanto, el Quimba, con grandes habilidades manuales, se complace destapando las calderas y diciendo “ya mismo hierve, ya está sonando”.

El negro Perugachi y el “cashico” se multiplican acomodando los encargos y atendiendo a las súplicas. Por fin, el café está listo. El gran café del Quimba, en taza grande, café con leche, con bastante azúcar y pan de a medio, todo por un real; el buen chocolate espeso y el agua de canela con “punta”.

Los arrieros saborean el café quemante con sonoros sorbos, terminan, repiten, sacan de las carteras aseguradas con largas correas, los sueltos, pagan, agradecen y se disponen a seguir la marcha recomendando a mama Lola que pida a Dios que no les pase nada.

—“Adiós bonita, esperame soltera hasta el regreso”. Dice el negro a una chagrta espejeña que se ha acercado a tomar café.

—“Verá que a la vuelta es pascuas”, bromea el “cashico” a mama Lola.

Los arrieros, tras la recua que produce el ruido hiriente de los herrajes en el empedrado de la calle, van sobre sus alpargatas, con gruesos ponchos, largas “macanas” al cuello y el recio acial en la mano. Llegarán al siguiente día a Quito, entregarán los encargos, los estudiantes saborearán los tostados enconfitados, los panes, los dulces y tantas otras cosas que tienen un especial recuerdo en la vida del estudiante provinciano.

El Quimba y la Dolores siguen atareados. Las tazas se vacían rápidamente. La Dolores recoge el producto de la venta y esconde debajo de una cazuela de barro antes de que su marido “se embolsique”.

Cuando el día ha entrado con el sol brillante, el café del Quimba se ha terminado. Carga el Quimba las calderas y el abanico, la mesa y las tazas la Dolores, y van dejando un lento calor en la cocina abandonada.

—“Sólo trabajando desde madrugada se puede atender a las amistades —habla la Dolores— hay que irnos breve porque el compadre Quishpe nos espera para terminar el resto de la limeta que dejamos donde don Iluro”.

Y se alejan regando por la calle la conversación sobre las escasas ganancias y sobre lo que contarán las amistades en el nuevo día. . . .

Alfonso Cisneros Pareja

(Tomado de la Revista TRICOLOR No. 5
Agosto de 1949).

UN DOMINGO EN QUICHINCHE

Es saludable dejar la ciudad para ir a las parroquias y visitar los templos desposeídos de suntuosidades. Por un camino fresco, endurecido por la lluvia de la noche anterior, recibiendo el perfume de flores silvestres y el calor de los rayos mañaneros del sol,

nos encaminamos a Quichinche; alegre parroquia situada al occidente de Otavalo, población de gente laboriosa cuyos hombres recibieron en corto tiempo dos fuertes golpes para su economía; la llegada del ferrocarril a la comarca otavaleña que mató la arriería y el cierre de la Fábrica "San Pedro" poniendo a la calle decenas de obreros.

Hemos caminado unos 40 minutos y entramos por una calle ancha y aseada. Los parroquianos se adentran con dirección al templo en cuyo campanario lentamente mueren los campanazos del último repique para la misa. Gentes ingenuas van ofreciéndonos un cortés "buenos días" al tomar la delantera en la calle. Un muchacho se detiene para ajustar la cabuya de la talonera de la alpargata, mientras el Teniente Político, hombre bonachón y correcto aunque de físico poco atrayente, rezago de las montoneras de Alfaro, escucha a los indios que, sombrero en mano, le presentan quejas originadas en la borrachera del día anterior.

Decenas de fieles han invadido el templo. Un templo grande donde reina la soledad obsesionante. En el altar mayor, el Patrón San José recibe con la mirada baja la luz mortecina de las espermas que le ofrendaron sus devotos luego de frotarlas en la frente para que les dé "más entendimiento". Un Cristo en actitud de abandono del templo parece querer desplomarse de un alto madero arrimado a la pared empolvada desde la última procesión. El púlpito, luce pintura fresca aunque desentonando con el resto del templo. A la izquierda, un confesonario muerto de frío y el melodío que suena ejecutado por un mozo de "buen oído" y voz poco masculina. Acolita la misa "santo padre" un monaguillo con pucho de nariz que es la admiración y asombro de los chiquillos de corta edad. Terminado el sermón, acto central del "santo sacrificio", en el que se pondera la pobreza de la casa parroquial, hace su paseo charol en la mano izquierda y la diestra sobre el pecho, recibiendo las limosnas que generosamente entregan los parroquianos, termina el acto religioso con la bendición del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Haciendo una apurada cruz de la frente al pecho y de hombro a hombro para rematar con un beso al dedo pulgar, los "paisanos" se lanzan desesperados a la plaza para entretenerse en el juego de pelota de mano.

Luego de discusiones se coteja el partido de los "grandes", se retiran a armar otro partido los "chigchiguas". Arrojan los ponchos y los sacos, el juez que ya ha recibido las apuestas señala con un carrizo las cuerdas, la tranquilla y el botero. El "arrayán", el "lobo" y el "perro" a un lado, al otro el "pepillo", el "sucó" y el "curco". Se cruzan las apuestas de los mirones en favor del "arrayán" por su "pedradas" y "manganas".

— "Doce a ocho le doy don "cashico".

— "Te pago doble ve "guaytarilla".

— "Arriba, "lobo" cojé a esos conejos como cogiste anoche a los borregos. Dale una pedrada y mandales al panteón". Las jugadas se suceden con ventaja al partido del "arrayán". Una jugada baja, del alto, del "curco" da origen a reclamos pero don Burbano, el juez, sentencia mala. Cuarenta de mesa! y al final triunfo del "arrayán".

— "Qué fue pes "sucó" no dijiste que con el "curco" les ganaron en Otavalo al "mocho" y al "Peje"? Chuchaquis han de haber estado que se han dejado ganar".

Don Burbano, recto y moreno como una chonta segrega su real en sucre de la juzgada y entrega las apuestas a los ganadores.

Vienen un nuevo tanteo para otro partido: ve "burro", cogete de pañuelo y danos al "costra" y a mí", dice Minango.

— "Callá "boca llena", más mejor tomá cogido de la muñeca.

— Qué partido más chaucho querís pes.

— Si creís que es chaucho poneme la plata en el bolsico para irme a tomar una fresca donde mama Pinto".

— "Ah! Eso si te encanta no, primero sudá y ganá para que te vayas".

Los partidos se suceden. También los muchachos buscan su entretenimiento jugando a la rayuela y a los toros hasta cuando asoma un buen y enjaeznado caballo del indio Marcelo de Perugachi que les amenaza con "chupar tutanito", por lo cual asustados salen disparados a las casas.

- "Apuren jugando porque el sol es de aguas", dice don Burbano.
- "No sea mal agüero, si llueve usted mismo se jode sin ganar las juzgadas."
- "Elay, pero si está clarito pes, semejante sol que quema y el agua tibia, lluvia segura es . . ."

Mientras almorzaban llegó la lluvia anunciada por don Burbano.

- "Aura ya se jodió la tarde, vamos donde mama Pinto a jugar al naípe".
- "Ya no vale esa baraja, no se ven las figuras, mejor vamos donde el Teniente, él tiene una nuevita".
- "Vamos, pero lavaracen las manos sino el Teniente nos manda presos si le ensuciamos el "libro de rezar".

Y se van los paisanos con paso rápido protegidos por los ponchos. El Teniente les recibe afectuosos y les invita a pasar diciéndoles: "vengan viditas más, vengan armemos un cuarto de "Ilucha", pero fajarasen los pantalones. Pregúntenle lo que le hicé anoche al "sapo", le dí para el santo y la víspera, tres al hilo, sin salir ni para respirar . . .

Retiran los libros de actas de la mesa, el "pepillo" la cubre con el poncho y se entregan a la caída. El agua cae sin descanso del cielo. Las mesas del "cuarenta" se repiten a igual que las limetas de "puntas" de Pataquí hasta entrada la noche y pensando en que mañana empieza la semana y que hay que trabajar, se retiran desvaneciéndose las despedidas mientras atraviezan la plaza de Quichinche.

Otavaló, 11 de Noviembre de 1946.

APUROS

Como es costumbre, las labores en la comarca empezaron temprano. Aún las sombras de la madrugada cobijaban mudamente a la tierra, cuando Ambrosio abandonó el hediondo jergón del tibio lecho para dar comienzo a las labores del nuevo día.

—“Achachai, oscuro oscuro está” murmuró, mientras desgrefñado y tiritando, desocupado de una necesidad corporal, regresaba del patio en busca del poncho y el sombrero.

—“Levantá caraju”. Habló el Ambrosio. “Achacahiiii”. Gimió un longo sintiendo el abandono de la manta y el mordisco agudo del frío en las nalgas. Con quejidos nacidos de la mala voluntad, sazonados en el sueño tronchado bruscamente, el longo empezó a moverse pesadamente glosando en el tórax con las uñas, ras, ras, ras, para aliviar la comezón provocada por los piojos y las pulgas.

Padre e hijo se internaron chacra adentro en busca de la yunta que el día anterior, al anochecer, dejaron amarrada al pie del arrayán. El “misho”, con ladridos agudos, iba agujereando el espacio y no se dejaron esperar las contestaciones de otros perros enredados en los toques de clarín de los gallos madrugadores. Algo extraño notó Ambrosio en la chacra y asustado exclamó: “Caraju, guagras ca cruquian salido, maíz tumbado istá”. “Ari”. Contestó el hijo soltando perezosamente el aire de los pulmones para darles alivio con un bostezo. “Caraju disqui hubieran rubadu”. La preocupación de Ambrosio crece a instantes. Llegados padre e hijo al arrayán no encontraron la yunta. “Aura si pes caraju ya judieron, vamos buscar por quebrada ujalá estén”. La búsqueda fue infructuosa. Cuando el día empezaba a despojarse del abrazo de la noche para recibir al sol naciente, Ambrosio jadeante y de mal humor, con un grito enlazó al longo que se perdía en el maizal para hacerle volver a la choza.

Mientras la Miche mecía pausadamente el maíz que se doraba en el tiesto de barro, los “jaris” entraron compungidos con la noticia: “Nuguay guagras, vamos buscar”. Desde el patio entraron a abrigarse con el calor del fogón estas voces: “Ambrosio tío, ladrones ca andando por aquí, alcus ca, del todo bulla, bulla

hicieron", habló taita Celidonio, patriarca de la comarca. "Ari taita, ñuca yunta tan nuguay", respondió Ambrosio. Después de recibir la caliente ración de maíz tostado que la Miche depositó en las esquinas de los ponchos, marcharon haciendo crujir los vencidos maíces bajo la presión de los molares.

Tres días anduvieron sin que la búsqueda tuviera resultado favorable. Buscaron por las parcialidades más lejanas, por valles y barrancos, sementeras y dehesas, páramos y montes, sin que nadie despegara la angustia de Ambrosio y su mujer. "Nuguay sia tragadu tierra" dijo el "jari" con profundo suspiro. "Hay que avisar amo pulitico" sugirió la Miche, pero Ambrosio le oyó como si lloviera. "Avisar pulitico, para quipes caraju, il tan rubandu disque está" dijo para sus adentros. Del fondo de sus meditaciones sacó la conclusión: "Avisar al brujo". Al siguiente día descolgó de una sogá cruzada de pared a pared calzón y camisa limpios. Bañó cuidadosamente la cara. Los pies lucieron limpios a la caricia de las alpargatas. Envolvió el cuello con la bufanda verde y azul tejida por sus manos, para lucirla en la próxima fiesta de San Juan. Apuró a la Miche que se demoraba en amarrarse las gualcas. Sacó ahorros de algún rincón oscuro del cuarto y salieron elegantes con dirección a donde el brujo de Azama, recomendando al longo cuidar la casa.

—"Vení pes Ambrosio, por qué te has perdido". Habló la estanquera del pueblo al percatarse de la presencia de los indios en el umbral de la puerta del estanco. "Lu qui ganadu rubadu, buscando pasamos disdi joivis". "No hay noticias siquiera hijos?" Nada mamita, tudito andando, hasta paramo juimos". "Jesús! Ya no hay vida con los ladrones. Están a la que cae. Aún no tan uno pestanea ya le roban . . . que pes, con el dicho político que disque socapa a los ladrones . . ." Ambrosio cogió el vuelto de un billete por la compra de una limeta de aguardiente y mazos de tabaco "maquirrandi". Cuando unas ancianas cabizbajas iban a la iglesia del pueblo a renovar contratos de salvación para ir al cielo y las campanas lanzaban sus quejidos como palazos en paila vieja llamando al angelus, el Ambrosio y la Miche entraron por el callejón lanceado por los pencos, con dirección a donde el brujo de Azama.

DONDE EL BRUJO

Los perros subidos en la zanja anunciaron la llegada de los clientes a la casa del brujo. El olor de una rama de romero recién desprendida y la luz mortecina en el interior de la casa, les hizo pensar a los visitantes que el "taita" estaba ocupado. Tras el parapeto de la obscuridad, una vieja desdentada les recibió ofreciéndoles la entrada al corredor. Luego de unos instantes de adaptación a la obscuridad, distinguieron indios arrinconados entregados al sueño. "Ayayaiiii", se quejaba un indio que había llegado en busca de alivio para sus dolencias. Tras una larga y preocupante espera se abrió la puerta de carrizo del cuarto del brujo dejando salir un fuerte olor a aguardiente, tabaco, etc. Ambrosio seguido por la Miche entró botella en mano. La puerta se cerró de nuevo. Alrededor de una mesa cubierta con "fachalina" colocaron la "limeta" y los tabacos comprados en el pueblo, el brujo colocó el ishpingo, la canela, la avilla del mar, claveles y otras chucherías, materiales de nigromancia. El brujo se puso en traje de trabajo: Luce un pañuelo rojo apretando la frente, en la diestra empuñando una enorme chonta y limeta llena en la siniestra. "Rubadu, vamos a ver si podemos o no podemos. Juaquinito Saracay fuiiii". El trago en diminutas burbujas se pierde en el espacio al soplo del brujo y luego arroja de la boca espesas columnas de tabaco. "Indio del Imbabura, comido raices y yerbas de Santo Domingo de los Colorados. Indio del Imbabura, imaporoto micushpa, vamos, vamos a ver si podemos o no podemos. Toro negro, toro pintado, toro barroso, toro mulato, Juaquinito Saracay, ayudarás a adivinar a este indio del Imbabura". Enjuagó la boca con un nuevo trago y prosiguió: "Yanahurco, Cotacachi, Imbabura, Píchincha, Antisana, Cotopaxi, Chimborazo, Santo Domingo de los Colorados, Zamora de patates juiiii, juiiii, juiiii!. Toro negro, toro barroso, toro pintado, Juaquinito Saracay, ayudarás a adivinar a este indio del Imbabura".. Cogió la mano derecha de Ambrosio, observó las líneas, le chupó la palma arrojando luego un salibazo espumoso. Enjuagó la boca con un trago de "puro" y prosiguió la ceremonia: "Yanahurco, Cotacachi, Imbabura, Cotopaxi, Chimborazo". Como quien llama a las gallinas con sonidos paladiales clavó la mirada al cielo y luego de rezar palabras a media voz, secó el sudor con la manga de la camisa y volviéndose al Ambrosio y a la Miche que habían observado absortos la ceremonia, oyeron del brujo la respuesta: "Taita de

mi vida, mamita de mi vida, ganados ya están muertos, carne vendido en Guacsarapas, amo político sabe lo que rubado piro callado está". "Ari taita" repuso Ambrosio mientras pedía a la Miche para pagar el valor de la consulta.

La media noche señaló la hora de marcharse. Por los chachiñanes se internaron hasta llegar con la madrugada a la casa donde el longo roncaba a pierna suelta, mientras el "misho" le lamía los pies amortiguados por el frío.

PALUDISMO

Como en muchos lugares de la comarca rural otavaleña, en San Rafael, el minifundio constituye un grave problema social para los indígenas, profundamente arraigados a la madre tierra que es su satisfacción y su sustento. Centenares de indígenas, dejando el calor del hogar y la placidez de las tierras aledañas al Lago "San Pablo", se fueron en busca de trabajo a los ardientes y malsanos valles de la cuenca del Chota.

—"Allá donde pagan sucre diario, con guarapo y con comida. Allá".

Y allá se dirigieron una madrugada lunada a luchar por la existencia. Las tierras cada vez más estrechas resultaban mezquinas para satisfacer sus necesidades. El ferrocarril y la carretera por donde ruedan locamente, día y noche los carros, mataron el trabajo remunerado de los indios de "cuchiloma", especializados en transportar sobre los hombros, pesadas cargas desde Quito. Así llegaron las máquinas para la instalación de la Fábrica Textil "San Pedro" y de otras empresas de las provincias norteñas.

Los indios se marcharon callados, de vez en cuando la flauta lanzaba sus notas quejumbrosas que les sumía en la nostalgia, recordando la choza pajiza que se quedó perdida entre los maizales en flor, habitada por sus seres queridos.

En el valle, el calor sofocante y la nostalgia del hogar los mitigaban con guarapo tibio de la caña de azúcar, puesto a dispo-

sición para estimular el trabajo. Llegada la noche, en el corredor de la Hacienda, sobre el bagazo de caña, en medio de la obscuridad, se tendían los indios calenturientos en busca del sueño reparador. Sin conseguirlo, aliviaban las penas pensando en que "ganan bien" y en que guardaban unos sucses para gastarlos en la fiesta de San Juan, la más célebre en las parcialidades indígenas de Otavalo.

Pero el valle con sus insectos malignos y el trabajo intenso bajo un sol canicular les ofreció un terrible enemigo: el paludismo. Los indios empezaron a sentir sus graves consecuencias, el aniquilamiento de sus energías.

Al terminar la cuarta semana de trabajo, aplastados por la fiebre destructora, con voces amortiguadas, exclamaban: "Jacu huasiman" (Vamos a la casa). Y emprendieron el retorno con unos pocos "ayoras" en el seno, con un atado de raíces comestibles sobre la espalda y una caña de azúcar al hombro.

Remontaron las lomas desérticas; desde el alto de "Aluburo" miraron con avidez la hermosura de la comarca custodiada por "taita Imbabura" y al volver las miradas languidecidas, dejaron atrás las calcinantes tierras del Chota que tienen un fondo azulino de las alturas carchenses.

Por los caminos polvorientos, a paso de vencidos, en hileras interminables, los palúdicos realizaron esfuerzos sobrehumanos alentados por el deseo ferviente de acariciar a los suyos. Se coronó su esfuerzo.

De las chozas solitarias salieron los perros alocados, meneando la cola, para lamer las piernas sudorosas de los amos.

"Cusagu . . . Guarmigu . . . Taitasha . . . guaguashas . . .". Se mezclaron en tono emotivo las exclamaciones.

Sobre las esteras hallaron alivio los cuerpos anémicos. Francisco, un indio en la plenitud de la juventud, consumía la vida por el azote del paludismo. Se rindió al insomnio mientras la mujer descortezaba las zanahorias y los "guaguas" se entretenían masticando un pedazo de caña "siria". El enfermo se incorporó pesadamente para recoger el sudor meloso de la frente con

el ángulo del poncho. La mano se extendió ávida y alcanzó un pilche de agua que lo bebió sin saciarse. El cuerpo siguió desfalleciendo, la mirada se tornó cada vez más lánguida. El sudor maldito y luego el desesperante escalofrío que le hizo crujir los huesos como un saco de guijarros.

—“El Pacho sigue mal”. Comentaron tristemente los vecinos. En su organismo no había operado favorablemente el ponderado remedio que la estanquera del pueblo al entregarle dijo: “Es como la mano de Dios”. Un brevaje, infusión de verbena con esencia de café, jugo de naranja ácida, y deshechos repugnantes...

Una noche oscura, noche tétrica, se oyó el lamento del buho.

“Chusig... Chusig... Chusig...”

En los espíritus supersticiosos de Francisco y sus familiares, se operó un desengaño. Hubo un largo soliloquio.

La noche quiso ser trágica en el hogar de Francisco, como fueron varios días y noches en muchísimos otros hogares de la comarca.

La mujer y los hijos dejaron escapar lamentos y exclamaciones de dolor, mientras el palúdico, con los ojos cerrados, vivía los últimos instantes.

Siguió el buho con su lamento. Un momento cualquiera, como quien deja un testamento escrito en el cartelón de la noche, como la estela que deja el caballete de totora al surcar las aguas del lago vecino, así se marchó el Francisco a la eternidad, dejando a sus tiernos hijos en la miseria y a su esposa Juana, de carnes tempranas todavía...

El lamento del buho hizo más misteriosa la noche. Los perros latieron larga y tristemente, mientras el cadáver de Francisco yacía iluminado a medias por la luz mortecina de una vela de cebo y bañado por las lágrimas de sus deudos.

Un copioso llanto del cielo se cernió en la comarca, al despojarse el día del abrazo de la noche. El sol asomó radiante sobre la testa del taciturno Imbabura; del lago San Pablo volaron las gaviotas llevando su mensaje de paz al horizonte, y la tierra morena exhaló un generoso aliento de promisoría fecundidad.

Alfonso Cisneros Pareja.

(Tomado de EL AÑO ECUATORIANO, 1954-1955)

LOS REMACHES

Con un estruendo pavoroso se acercó la tempestad en el Mojanda. Las cordilleras van perdiendo su perfil al paso rápido de las nubes. El viento sopla furioso. Las aves se aprestan a los nidos. Por el camino de herradura que une a la ciudad Capital con las provincias norteñas, una cabalgadura se apresta llevando un abultado jinete.

Mister Frez anima al mular, mientras éste, por el camino escabroso, se balancea en busca de sustentación.

La tempestad llega. Viene en alas del viento y del ruido. Desde un vericuetto del camino se divisa la choza de tambo, perdida en la inmensidad del pajonal, lanzando una espesa poluta de humo azul, olor a boñiga.

El tambero recibió amablemente al gringo.

—“Este gringo está gordo y ha de tener plata”. Dijo para sus adentros el Remache, mientras cogido de la brida, introducía caballero y mular, al corredor de la choza para protegerles de la lluvia.

—“Llover mucho, no?”

—“Sí, patrón, toditicos los días ha llovido el cielo como aburrido”.

Y con su mutismo el mister sentó las posaderas sobre un banco, mientras el mular era conducido por el Remache a la dehesa cercana.

—“Aquí morir de frío, eh?”

—“No, patrón, ya le vamos a dar una agüita caliente para que se abrigue”.

La Melchora, cara costilla del tambero, salió de la cocina invadida por el humo y, esquivando la mirada, extendió al gringo una taza de agua de “sururumba” con panela.

Mister Frez recibió agradecido y la vació de tres sorbos.

La tempestad se enfurece. Por el camino serpenteante el agua corre abriendo grietas. Las quebradas preñadas de creciente aumentan el estruendo. Los árboles del monte, no pudiendo resistir a la fuerza de la tempestad, clavan sus penachos al suelo. La noche se aproxima y en el rostro del mister se dibuja la angustia.

—“Dónde estar Otavalo, eh?”

—“Uuuu . . . eso ca lejos es patrón, mañana irás”. Respondió el Remache que asomaba acompañado de otros indios . . .

El mister consoló la respuesta soltando una espesa bocanada de humo que se fué en el viento.

—“Harás loco con hartas papas, con harta carne”, dijo en voz baja el Remache a la Melchora. “Carne ca nuguay”. “Carne del puendo que matamos el jueves ca?”, inquirió el indio. “Eso tan ya acabó haciendo fritada”. “Mas que carne de perro, dá no más, gringo ca, come no más . . .”

Mister Frez pidió la mula para continuar viaje a Otavalo. Un vago presentimiento le hacía desconfiar de los tamberos, pero se detuvo ante la insistencia de ellos y los obstáculos que le pintaban.

El gringo comió apetitosamente el locro “con hartas papas y harta carne”. Nada tuvo que reclamar su estómago de gastrónomo. Después de una recelosa conversación entrecortada con los indios, se acomodó en el suelo tratando de conciliar el sueño.

—“No harás sentir, gringo ca ha de rivolvlar”.

—“Aura si pes, taitico mío”.

El cuarto y la oscuridad se tragaron las voces. El míster rendido por el cansancio gozaba de un dulce sueño. En medio de la oscuridad se agita un corazón. Se acortan las respiraciones. Por un claro del techo pajizo penetra un chorro de luz de la luna y deja ver a medias la cara del mister. El Remache empuña el hacha. Con paso vacilante se detiene frente a la víctima.

—“Gordo está, rico ha de ser”— dice para sus adentros y se resuelve. No le importa una víctima más, sólo que, . . . “no había muerto a gringos” . . . Buscó sustentación, levantó el arma y . . . como se clava en los troncos de los árboles, se hundió en el cráneo de mister Frez . . .

En un charco de sangre, horriblemente destrozado, ahí quedó tendido . . .

Al día siguiente los viajeros saboreaban la exquisita fritada del tambo.

—“Que rica fritada que hacen estos indios, mejor que la de mama Asunción de Otavalo”.

Mientras conversaban alegremente y seguían el camino, permaneció escondido un pedacito gordo y suave.

—“Dios me guarde, si ha sido carne de gente!” Exclamó uno de ellos enseñando un pedazo de dedo que no se había desprendido de la uña.

—“No hay que dejarles a los roscas con la picardía, daremos aviso en Otavalo”. Dijeron echándose a correr, volviendo de vez en cuando la mirada hacia el tambo que se había perdido

en la inmensidad del pajonal, e impresionados por el canto agorero del pájaro "solitario" que entonaba su monótono; Li . . . cua . . . cuuu . . . Li . . . cua . . . cuuu . . .

* * *

En la ciudad, al calor del sol, se intensifican los comentarios: "Los Remaches ya han caído". Ya dizque les traen . . . Amarrados han de venir". "Que les maten a los roscones" . . . "Pobres indios" . . . "Ve pes lo que les compadece".

A lo largo de la calle principal que se pierde en el camino de ir a Quito, se han dado cita los curiosos para conocer a los Remaches.

—"Castigo del cielo— siguen los comentarios— ya no se puede viajar a Quito, con tranquilidad, hay que ir haciendo el testamento y armado hasta los dientes. A un gringo también le han hecho fritada, dizque tienen una cueva enorme con tesoros en el Mojanda".

A galope tendido un caballo sacude el polvo del camino. Un jinete a pulmón lleno anuncia: "Ya vienen . . . están en la vuelta de Imbabuela".

La muchedumbre se electriza, hombres encolerizados. Mujeres asustadas. Niños que lloran.

Llegaron los Remaches.

—"Elé, vé hijito, esos indios son los asesinos". "Ese omoto dizque es el capitán de los foragidos". "Ve pes cuáles han sido, el sábado bebieron en mi estanco, yo les creía honrados".

—"Ellos . . . Ellos "

El río humano se adentraba en la ciudad siguiendo a los Remaches que atados las manos, con semblante demacrado, con la angustia dibujada en los ojos turbios, desfilaban vigilados por fuerte escolta.

—“Si han sido algunos, y eso que no les han cogido a todos . . . Que les maten, con Don Gabriel no hay vuelta luego. Quien a cuchillo mata, a cuchillo muere”.

La noche cobijó a la tierra y los curiosos se retiraron; pensativos los hombres, llorosas las mujeres.

La casa del pueblo resultó estrecha para dar cabida a la muchedumbre. En la sala mayor, con túnicas blancas y vendados los ojos, los Remaches se velan a la luz mortecina de las espermas.

—“Me muero! Cómo no le mataron a taitico que se fue la otra semana a Quito! . . . Querer vivir sólo del crimen . . . Dios consiente pero no para siempre . . . Cuántas vidas no deberán estos indios”.

Noche larga y desesperada la de los Remaches. La justicia les iba a hacer sentir su peso. Amontonados los indios familiares derramaban lágrimas y exclamaciones: “Aura ca, papacu” . . . “Ñuca taitasha”. “Cunan ca . . .”

Y así, el día devolvió el abrazo de la noche. El sol rasgó el cortinaje de nubes que envolvían la frente de “taita” Imbabura. La ciudad amaneció temprano con la llegada de miles de indios que instados por los gendarmes venían a ver la ejecución de los Remaches.

—“Para que sirva de ejemplo— habló una voz autoritaria— que los hijos estén cerca a los padres, para que tengan miedo”.

Se acentúa el murmullo. Con la severidad odiosa y cruel de los tiempos inquisitoriales, mientras las campanas de la iglesia habría querido salir para implorar perdón por los sentenciados, sonó la descarga mortífera. Los Remaches se desplomaron empapando los cuerpos en su propia sangre, mientras los parientes vertían flores de los ojos.

La justicia escribió un renglón más en la vida del tirano.

Regando comentarios bajos las gentes abandonaron la plaza. Los parientes recogieron los despojos sangrientos ofren-

dándoles caricias póstumas, mientras los perros hambrientos se entretenían aplicando el papel secante de la lengua en las llagas sangrantes de la plaza

Alfonso Cisneros Pareja.

(Tomado de EL AÑO ECUATORIANO 1953-54).

ESCENARIO

Esa mañana hubo sol en abundancia. Los maizales verdeaban con sus hojas llenas de clorofila y despuntaban sus penachos con estambres ricos en polen. Por las laderas, lentamente, manchones de rebaños lanares pacen desnudando en silencio la tierra, del ropaje de hierba tierna, fresca y apetecida. En las orillas de las fuentes claras y cantarinas, las longas alzadas los anacos que se recogen en el vértice de las piernas, dejan ver la robustez de los muslos mientras blanquean con primor la ropa con espuma de cabuya, y otras van llevando sobre las espaldas los cántaros de arcilla llenos de agua.

A lo lejos, huye desde los pulmones de algún chiquillo el grito que azuza al perro rebañero para que incorpore a una oveja descarriada. En el llano de la hacienda, con pujante serenidad, van y vienen sujetas al yugo las yuntas, mientras el indio con la aguijada les suministra aliento con pinchazos en los lomos.

De entre los alverjales que han entregado al tiempo el tributo de sus pétalos para acariciar el fruto, se levantan bandadas de tórtolas asustadas al paso de algún peón que cruza la sementera entonando su flauta un yaraví serraniego, y en raudo vuelo van a posarse sobre las copas de los eucaliptos cuyas testas se clavan en el cielo.

Desde allá, desde el fondo del monte, se levanta majestuosa una columna de humo que caracoleando sube al infinito, mientras el carbonero, sudoroso y carisucio, se apresta cubriendo con tierra los tizones para que se realice el milagro de la combustión incompleta. Más lejos, con una silueta azulada perfilan el horizonte los páramos de Piñán, como que sintieran el dolor de su leja-

nía y, sobre la cima del Cotacachi, jovial y bien puesto, la nieve se derrite para aplacar abajo la sed de los arenales.

En los campos, los vacunos pacen severos y solemnes lanzando mujidos cuyo eco repercute en el caserío de la hacienda, como gritos de placer o de coraje, en tanto que los caballares, con impulsos lividinosos, se dan mordiscos y echando las crines al aire se disputan las hembras.

De las chozas de los indios que se pierden entre la exhuberancia de los sembríos, se desata el humo olor a boñiga como signo de que empieza el cotidiano calor hogareño. En los patios, limpios, donde se recuesta el sol con primor, las aves recogen el grano que les prodiga la mano generosa del ama al grito de: "ceniza, amapola, copetuda, saratana, carioca, tuc, tuc, tuc". Del nido vuela pesadamente la gallina clueca que inició la incubación la última luna. Erizada, desafiante, alborota el corral mientras un gallo moñón lanza su reto de clarín imponiendo su jerarquía. A las sombras de los chilcos los patos se revuelcan picoteando para aprisionar gusanos, mientras los vacunos extienden el cuello para ahogar la sed en el abrevadero. En los sembríos, los campesinos con la mirada clavada al suelo, riegan el sudor de la frente en los surcos que se adornan con los cereales en flor.

Lentamente, como si el sol no tuviese apuro de irse para iluminar los campos donde la tierra ha perdido su perfume para sembrarse de cadáveres y ruinas, el Astro Rey se esconde paulatinamente detrás de los montes de Muenala, para dejar en descanso a los hombres y dar paso a la entrada de la noche.

Otavalo, Octubre de 1946

CALLE DE "EL EMPEDRADO"

Vieja y empinada calle de "El Empedrado" donde se apretujan las casas temerosas de rodar la pendiente. Calle que te extiendes agobiada por el peso de las piedras, uniendo la arteria limpia y llena de sol de la ciudad con el camino polvoriento de la colina de Reyloma. Anciana calle de "El Empedrado": en tus recodos y aleros han quedado los recuerdos de los corazas y los yumbos, de los

sanjuanés y los sampedros, de los pendoneros que te llenaron de cánticos y gritos, de música de flautas, rondines y bandas de pueblo. Calle de entrada de manadas de ovejas y vacunos, camino a los abrevaderos del Machángara y el "sucho-pogyo". Calle de los toros bravos que van a entregar su rebeldía en el sacrificio del camal. Calle donde los potros cimarrones dan faena dura para recibir herrajes de manos de don Camilo Alzamora con la ayuda del "Curco-Nico" y del "Marota".

Calle de "El Empedrado": ayer fuiste calle de las jabonerías con olor a sebo y lejías, para convertirte en la calle de los estanquillos y guaraperías. Calle rejuvenecida por el copete del Buenos Aires, desde cuya terraza se domina la placidez de la urbe con sus entornos verdegueantes en las colinas y planicies. Calle mercado de los sábados donde son tercas las revendonas que se adueñan por poca cosa del esfuerzo de los indios, traducidos en cereales, legumbres, frutas, animales domésticos, etc. Calle vecina del río Machángara, testigo de crecientes, robos y escapatorias de los presos de la cárcel. Calle con prolongación lateral al callejón de los "Balbinos" y del "mudo-melcochero", donde asoma un chivo a media noche, con ojos de lumbre, asustando a los trasnochadores.

Calle de "El Empedrado": regentada antaño por los hogares de don Joaquín Cisneros y doña Antonia Jácome, de don Camilo Alzamora y doña Josefa Pástor, de don Nicolás Sánchez y doña Mercedes Espinoza y otros que dieron respetabilidad y prestigio a la barriada. Calle de "El Empedrado", las generaciones pasan, el urbanismo avanza, pero quisiera verte siempre con tu aspecto colonial, con tu ambiente de sencillez y confianza, con tus dos casas grandotas haciendo el signo de la cruz entre la Guayaquil y la Olmedo. Casas posadas gratis para los indios caminantes o para los que embrutecidos por el alcohol entregan su cuerpo al reposo en la dureza del ladrillo hexagonal. Calle íntimamente ligada a mi afecto porque a tu vera vi la luz primera de mi existencia y aprendí a caer y a levantarme,

Calle de "El Empedrado", cuando te miro surgen en mi dos recuerdos: el de las generaciones que cumplieron su misión relámpago en la vida para perdurar en la mente de los seres queridos, y el otro, el de los muchachos compañeros que respiramos tu ambiente y fortalecimos nuestro espíritu en la fatiga de la cuesta.

(Con todo afecto a: Raúl Andrade Gómez, Lauro Salas Maldonado, Luis Enrique Carrillo, Carlos Alzamora, José Suárez, Gonzalo Patiño, César Alzamora, Telmo Andrade, Gustavo Andrade

Gómez, Alberto Salas Maldonado, Humberto Escobar Sánchez, Luis Suárez, Alberto López, Enrique Escobar Sánchez, Alfonso Veloz, Estuardo Salas, Manuel Veloz, Celio Boada y otros que se escapan de mi memoria).